

número. Una ó dos veces llegó hasta allí René, tratando de sacarle de su excentricidad, reconviéndole por su larga ausencia. René se asustaba de aquella actitud desesperada. No comprendía aquel sordo dolor. Tan sólo observaba una cosa, y era que todos sus artificios de mujer coqueta se desvanecían ante aquel pálido joven, como se desvanece una ola cuando se estrella contra una gigantesca roca. La impasibilidad de Roberto la había admirado primero y atraído después por una fuerza desconocida, irritándola, dominándola: por último, había querido atraerle, y se encontraba atraída por él. Ahora era ella la que le miraba con sumisión.

Él estaba amenazador, y ella sumisa y cobarde. Comprendía cada vez más que se le escapaba aquel alma que había querido someter. Experimentaba algo indefinible y de que no se daba cuenta. Aquel corazón, que había poseído algunos momentos y que no había podido conservar, le producía á la vez la cólera que producen á un niño juguetes que ve y que sin embargo no están á su alcance, y el miedo de un habitante de las montañas que se encuentra al borde de un precipicio desconocido para él. La irritación de una mujer que se detiene ante un secreto que no puede penetrar, estallaba con todas sus fuerzas, martirizándola.

¡Qué fuerza oculta poseía aquel Roberto para doblegarla así, á ella, que hasta entonces no había encontrado obstáculos para satisfacer sus caprichos! ¡Con qué mano de hierro la oprimía! ¿Qué fuerza era esta? Él la había amado y mostrado lo intenso de su amor, cambiando de repente aquel amor en desvío, sin dejar tras sí más que la cólera de la mujer que se ve despreciada, sumisa y esclava á la vez; que, queriendo dominar, se encuentra dominada, y desfallece ante una intensa pasión, superior á sus fuerzas. En una palabra: creía haber despedazado su presa con sus blancos dientes, y se encontraba despedazada por ella.

Tan sólo en el trabajo era donde Roberto se sentía con fuerzas suficientes para resistir á las seducciones de René, seducciones cuya perfidia conocía, y que, á pesar de conocerlas, temía ser arrastrado por ellas. Se había entregado al trabajo con ardor, huyendo de ella como el minero, acostumbrado á la luz artificial, huye de la luz del día, que hiere y molesta su vista. Tan sólo en el trabajo encontraba, no esa tranquilidad que él ya no podía esperar, y que creía perdida para siempre, sino el sano cansancio que el trabajo, cuando es moderado, produce, y que le libertaba de la insana fiebre de las pasiones. De día en día aquella

laboriosidad creciente le alejaba más y más de René. La veía más de tarde en tarde, y en lugar de pasar los días enteros á su lado, como tenía por costumbre, iba á visitarla casi por etiqueta. Ella le reprochaba su desvío con una amargura que no tenía nada de risueña. Pero con esto le hacía el efecto de una comedianta que desempeñara su papel, identificándose por completo con él.

—¿Será que le amo?— se preguntaba René, temblando al hacerse esta pregunta.

—No (se contestaba); creo más bien que le aborrezco. ¡Thévenin y él son una misma cosa! ¡Me vengaré de los dos!

¡Se equivocaba! Empezaba á amarle con un amor violento y feroz, mientras que él no veía en ella más que una querida vulgar, á la que la casualidad le había unido.

Le ocurrió un día la idea de que él quizá amaba á otra, y le dijo: ¿por qué me engañas, di, si tu corazón está bajo los encantos de otra mujer?

Roberto se encogió de hombros.

— ¡ Si eso sucediera, óyelo bien, yo asesinaría á esa mujer!

El joven la miró con fijeza.

Ella, moviendo la cabeza, y cogiendo una de sus manos, le dijo con tono amenazador:

— ¡ No! ¡ Estoy loca! ¡ Tú no me engañas;

te conozco muy bien; eres bueno! ¡ Sé que me amas!

— ¡ Pobre mujer! (pensó Roberto.) Quizá sufre ella también.

En efecto: René sufría; estaba celosa hasta de los libros de Roberto. Hubiera querido entrar en su cuarto y quemarlo todo, libros y papeles, para que no tuviera más pensamiento que el de ella. Roberto, efectivamente, había tomado la costumbre de trabajar en su casa, y lo hacía con tanta asiduidad, que algunas veces permanecía la lámpara encendida hasta por la mañana. En poco tiempo había empezado y concluido un libro, desarrollando en él sus ideas acerca de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Roberto Burat había adquirido ya, aunque muy joven, ocupándose de cuestiones de un orden elevado, no una autoridad, sino un gran valor. Parecía representar, en las discusiones de los asuntos importantes de su época, el elemento joven. Se consideraba esto grave, porque se sabía que tras él marchaba la gran falange del porvenir. Muchas veces aparece una idea grande debida á esta falange de imberbes. Las ideas en germen de la juventud llegan á desplegarse en el mañana de una manera grandiosa y digna de una aureola. Roberto Burat tenía por admiradora voluntaria á toda esa juventud, que es la

fuerza viva de una nación, y que, como él, unía á su ardor una madurez de ideas difícil de explicarse por los que no conocían el secreto de su vida. Había conseguido hacerse escuchar hasta de aquellos mismos que no creían ni á los que estaban convencidos de que sinceramente decían la verdad.

Así, pues, su libro fué un acontecimiento tan grande, que se puede decir que produjo un escándalo en París. Designaba á la Iglesia el lugar que debía de ocupar, y al Estado el derecho que debía de respetar, y desde la primera página hasta la última desplegaba una vivacidad tan ardiente al tratar las cuestiones, con una táctica y una desenvoltura tal, que llevó la convicción hasta á los más recalcitrantes. Figuraos aquellos números de la *Revolución de Francia y de Brabante*, lanzados con maestría por Camilo Desmoulins, destilando terrible é implacable cólera, llenos de gritos, de sangre, de lágrimas y de fuego, sin escasear los medios, por terribles que fueran, para lograr su ideal, y sabréis lo que eran los trabajos de Roberto. Los que se ocupaban de política, lo leyeron para saber lo que pensaba, lo que quería y lo que esperaba la nueva generación. Los que buscaban tan sólo el placer de las letras, lo devoraron para gozar con su lectura del embriagador aroma que

exhalan siempre los grandes pensamientos.

De día en día Roberto Burat, que ya era conocido, fué creciendo en renombre, hasta llegar á ser casi una celebridad; se ocupaban tanto de su libro, como podrían hacerlo de un cambio general en la política, ó de un gran acontecimiento.

René lo había leído; estaba asombrada, preguntándose cómo podía brotar tanta cólera, tanta viveza, de un hombre tan grave y de corazón tan frío.

Se discutió el libro dos noches en su salón, la primera vez en ausencia del autor, y la segunda en presencia de éste. El barón Gueraud había buscado en el estuche de su elocuencia los más acerados dardos para combatir las ideas de Roberto. El barón tenía un claro talento, pero rechazaba toda idea de progreso. En literatura había sido siempre clásico, y en política autoritario. Era un hombre á quien agradaba que todo el mundo viviera á su gusto, sin creer que para esto era necesaria la libertad. El gobierno autoritario le parecía la mejor divisa para el bienestar público. Era filántropo. Había escrito algunas obras sobre la alimentación pública, y creía que el hombre se nutría generalmente bien. Amaba tanto al pueblo, que llegaba á perdonarle sus exaltaciones, porque las consideraba hijas de

su estado anormal ó de su organismo. Y creía que la libertad debía concederse al hombre, con mucho método y en pequeñas dosis, para evitar que los resultados fuesen contraproducentes. No negaba el progreso, pero sonreía al oír pronunciar esta palabra. También sonrió el 20 de Julio de 1830, cuando le anunciaron que había estallado la revolución en París. En fin, sonreía ante todos los malos presagios, inclinaba la cabeza, dándose aire de importancia, y se golpeaba la frente, como si la salvación de la Francia estuviera contenida en su cerebro. En el fondo, las ideas de Roberto no le agradaban; decía que quisiera tener en su mano la libertad, tan sólo por evitar que cayera en manos de ciertos defensores de ella. El barón Gueraud, que había sido volteriano, defendía ahora la Iglesia, era íntimo amigo del arzobispo de V...., y no temía inmolarse sus antiguas afecciones á las modernas. Así es que atacaba rudamente las conclusiones del libro de Roberto Burat. Algunas veces se contentaba con oponerle su estereotipada sonrisa, acompañada de algún movimiento de cabeza, y poniendo en juego sus párpados, como generalmente hace la gente grave.

El Barón encontró un auxiliar en el señor Lehardy. Á éste no le gustaban los curas, tanto, que no había bautizado á su hijo hasta

que tuvo doce años (la víspera de su primera comunión); pero reconocía que era precisa una religión para el pueblo, y llamaba á la Iglesia el sostén de la sociedad. Le hubieran hecho pedazos antes que hacerle ir á misa; pero no le gustaba que sus criados hicieran alarde de las doctrinas de los libre-pensadores. Decía algunas veces que si él llegara «á comulgar en sus últimos momentos, sería porque sus facultades intelectuales habrían descendido terriblemente». «Sin embargo, añadía; es más prudente comulgar: ¡cuesta tan poco hacer esto!» Roberto mostraba igual atención á sus adversarios, fuera éste Barón ú hombre del pueblo; no veía más que la refutación, y no la persona; debatía, pues, de igual modo con el uno que con el otro. Se animaba y se crecía, conteniéndose, sin embargo, algunas veces, sin dejar escapar de su ardiente fiebre más que sentencias tan enérgicas, que hacían temblar á los que le oían. René le contemplaba en aquellos momentos con una sorpresa y una emoción tal, que se hubiera podido leer en sus ojos. Aquel joven, con sus fogosas discusiones, la atraía, la arrastraba, se sentía como invisiblemente empujada hacia él en aquellos momentos. Comprendía la superioridad de éste, y, sin embargo, hubiera querido verle humillado á sus pies,

mirándola con éxtasis y sin que le preocupara otra cosa que su amor. No podía explicarse la especie de resistencia que notaba en él, la frialdad con que la torturaba, y un desdén tal y tan amargo, que la hacía derramar lágrimas de despecho. Roberto, tan arrogante, tan exaltado en las discusiones políticas, exponiendo sus ideas con increíble ardor, era un adversario terrible y un auxiliar poderoso de las ideas del porvenir. Pero este hombre tan arrogante, se volvía tímido, irresoluto y apocado al lado de René, murmurando tan sólo algunas palabras ardientes. Después caía en una especie de letargo, y el remordimiento invadía su imaginación. Muchas veces se alejaba sin contestar á las preguntas que ella le dirigía.

René empezaba á ver claro en su propio corazón y en el corazón de Roberto. ¡No la amaba! ¡Era preciso hacerle saber que lo conocía! Él la desdeñaba, huía de ella, y hasta la aborrecía quizá. La idea de este aborrecimiento no disgustaba á René. El aborrecimiento era la guerra, la herida que brotaba sangre. ¡Sus garras podían encontrar carne fresca que destrozarse! Pero, ¡hasta la esperanza de esta lucha se le escapaba de entre las manos! Predominaban tan sólo en Roberto la apatía, el fastidio y el cansancio de tan pesada carga. Ella lo adivinó, y su amor propio, herido en lo más

profundo, la volvió casi loca. Sentía subir á su cerebro multitud de siniestras ideas. Hubiera querido precipitarse sobre Roberto, y, mirándole frente á frente, fijando sus ojos en los de él, arrojarle al rostro toda su cólera y todo su despecho. Pero cuando se encontraba en su presencia se mostraba humilde, empleando todas las caricias posibles para atraerle y vencerle. No conocía aún las amarguras de un alma que se siente desdeñada, y no podía comprender que fuera tan grande el sufrimiento del que ama sin esperanza. Hasta entonces había pasado altanera y triunfante, prodigando sus sonrisas y haciendo brecha en todo el que la miraba, sin pararse á comprender que sus triunfos hacían la desgracia de los que tenían la debilidad de quedar flechados por ella. Hubiera causado admiración ver desnudo, si esto fuera posible, el lacerado corazón de Thévenin, y, no sólo el de Thévenin, sino el de todos los que la habían amado, sin comprender que no era una mujer, sino una máquina de producir sufrimientos. Causaba el daño sin darse cuenta de ello, atrayéndose á aquellos infelices con sus ojos de color de cielo y con su aspecto de inocencia. Pero esta vez pagó la pena del Talión.... Conoció el valor de las lágrimas, de los desdenes y amarguras que sufre un corazón despreciado por el objeto de su

amor, pudiendo apreciar ahora lo que habían sufrido aquellos con quienes ella había jugado, gozándose en sus sufrimientos. Se ahogaba; se miraba con terror, viéndose cada vez más delgada y con los ojos faltos de viveza. Había algo de siniestro en su fisonomía. No era amor lo que sentía por Roberto; era más que amor, era una afección implacable, encarnizada: era el delirio. De pronto tomó una decisión; reconcentró sus ideas, y tomó un partido; el partido de los desesperados. Si comprometiera su nombre, y lo que en apariencia la quedaba de honradez, ¿obligaría á Roberto á entregarse á ella en cuerpo y alma, á darse él mismo por vencido y á compartir con ella sus triunfos y su gloria? La idea de que Roberto podía llegar á ser un hombre ilustre, y de que ella no tuviera más participación en esto que la de que se discutiera en su salón, atormentaba á René. Le quería por entero: talento y cuerpo; quería disputar, conquistar este derecho por todos los medios posibles, y esperaba la ocasión, que estaba segura de encontrar, para combatir.

Hacía tiempo que se venía hablando de un joven profesor italiano, ya célebre en su patria, pero aún desconocido en Francia, cuya celebridad había picado de tal manera la curiosidad del público, que éste, no sólo ansiaba co-

nocer sus obras, sino que también su vida íntima. Era hijo de un fondista de una población pequeña, á quien su tío, un anciano sacerdote, había enseñado la música. Desde muy pequeño le gustaba encerrarse en la iglesia, y, sentado ante el órgano, se quedaba extático oyendo las armonías que arrancaba á éste. Poco tiempo después había comenzado la vida del trabajo: joven aún, luchaba como hombre, resistiendo y venciendo las adversidades de la fortuna, siempre veleidosa con el genio. Á los veinticinco años se había hecho popular, viendo su ópera, que, partiendo de Milán, recorría todos los teatros del mundo. Le llamaban al palco escénico en Pergala y en San Carlos; los florentinos le hacían presentarse en él hasta diez y ocho ó veinte veces en una noche. Aquella multitud veía pasar ante sí, por la magia de este artista, las lamentaciones inmensas de un pueblo ultrajado, los sufrimientos de los oprimidos, los desgarradores suspiros que salen del alma, y las protestas de todo un pueblo vejado. Aquella multitud le esperaba á la puerta del teatro, le llevaba en triunfo, coronándole, hasta la de su casa, repitiendo: «¡Sois un artista consumado; habéis descubierto la melodía!». Á lo que el joven contestaba dando las gracias con modestia, pensando en aquel pobre cura y en sus queridos padres:

«¡Un artista consumado!... ¡*Io sono un paisano!*» (Soy un aldeano.) Tal era aquel *maestro* que París esperaba admirar. El teatro de la Ópera iba á poner en escena la mejor obra que se había visto en París. René mandó obtener una localidad á cualquier precio, y el barón Gueraud se ofreció á acompañarla. Sabía desde la víspera, sin que Roberto se lo hubiera dicho, que éste tampoco faltaría, y se había hecho preparar para aquella solemnidad una *toilette* admirable, sencilla, pero hecha con mucho arte, para hacer destacar su hermosura y sus rubios cabellos. Un traje blanco bordado con tisú la envolvía, haciéndola parecer una hada. En sus orejas, su cuello y sus brazos brillaban hermosas alhajas, cubiertas de turquesas de un azul pálido, que contrastaban con el resto de su traje. Había enlazado sus cabellos con piedras preciosas, y numerosas turquesas formaban un conjunto admirable al dejar caer sobre sus hombros, como al descuido, algunos bucles caprichosamente rizados.

Atraía las miradas de todos. Estaba con ella en su localidad el barón Gueraud. Roberto fué uno de los primeros que lo notaron. Veía que todos los gemelos se dirigían á ella, y que ella sostenía estas miradas con una gracia exquisita, con el solo intento de dar celos á Roberto. Pero éste estaba muy lejos de enorgullecer-

se por ser el amante de una mujer tan admirada y deseada por todos los concurrentes. Por el contrario, le parecía ver surgir de entre su hermosura el sombrío rostro de su amigo Thévenin.

La obra del gran maestro atrajo á la escena toda la atención de aquel público, que, al escuchar tan maravillosa armonía, estalló en una tempestad de aplausos, hijos de la gran admiración que les causaba. Durante los entreaños, los que se creían más enterados, contaban la historia de aquel desconocido de la víspera, que en aquella noche adquiriría un gran renombre al conocerse su ópera *Jerusalén*, y especialmente el coro de cruzados perdidos en el desierto, y agobiados de fatiga y de calor. Una aclamación inmensa resonó en el teatro. Á Roberto le parecía que aquel himno de desesperación, cantado con tanta naturalidad, tenía mucha semejanza con sus sufrimientos. Lento sufrir, súplica, desesperación profunda, todo estaba confundido en una plegaria y en un suspiro.

Roberto se levantó entusiasmado, y se puso á pasear por los pasillos como si estuviera ebrio. Oyó por todas partes elogios del autor y su ópera, y hasta á muchos que trataban de entonar las últimas notas. De pronto se encontró frente á René, que se dirigía á él con

los ojos brillantes y la fisonomía sonrosada, diciéndole muy bajito:

—¡Oh, qué artista tan admirable!

—¿Y cómo se llama el autor?—preguntó el barón Gueraud, que iba tras de René.

—¡Verdi!

—¡Qué talento!—dijo el Barón, moviendo la cabeza, como si realmente comprendiera su valor.

—¡Y bien! (dijo René, dirigiéndose á Roberto): ¿no es cosa de entusiasmarse?

—Sí,—dijo éste, que se sentía mal bajo la amorosa mirada de René.

Creía que todas las miradas se fijaban en él, y hasta le parecía que pronunciaba su nombre aquella multitud, allí reunida para hablar y criticarlo todo. Oyó repetir bien distintamente el nombre de la señora de Gèvres. Hizo un movimiento como para alejarse.

René lo comprendió, y creyó que era la ocasión oportuna de lograr su intento; cerró los ojos como desvanecida, y en seguida, fijándolos de lleno en Roberto, con una sonrisa de triunfo, jugó de un solo golpe la partida.

—Roberto,—dijo....

Le vió volverse bruscamente, pálido, sorprendido, con los ojos velados y próximo á desvanecerse.

Los pasillos, demasiado estrechos para

poder circular, estaban atestados de gente.

—¿Dónde vais, amigo mío?—dijo René, con una inflexión de voz que era una súplica, una confesión y una orden á la vez.

Se cogió del brazo de Roberto, que la dejó obrar maquinalmente; atravesaron por entre la apiñada multitud, que murmuraba asombrada de la conducta de René, á quien acompañó Roberto hasta su palco. Estaba aturdido, no oía más que un ruido muy confuso, ni veía más que luces; creía ahogarse. Le parecía que toda la sala tenía la vista fija en él, conocía su secreto y le despreciaba. Á la puerta del palco se detuvo, teniendo á René aún del brazo.

—Pero, ¿estáis loca? (la dijo.) ¡Queréis perderos!

—¡Te amo!—contestó René estrechándole la mano con efusión.

Roberto se puso lívido, atravesó por entre toda aquella gente, que murmuraba, avergonzado y dejando ver en su fisonomía su sufrimiento. No quería volver á su localidad; le parecía que todos conocían su historia, y que le arrojaban á la cara el nombre de Thévenin, que para vengarse de él le perseguía.... Atravesaba una especie de alucinación. Salió del teatro, y se hizo conducir á casa de René. La esperó allí solo, sentado en un sillón, con las piernas cruzadas y lleno de cólera.

Al cabo de una hora llegó René: al entrar vió á Roberto, dejó su albornoz sobre un mueble, y dirigiéndose á él, le preguntó:

—¿Por qué me has dejado allí sola? ¿Qué te pasa? ¿Te he desagradado?

—¡Oh! (dijo Roberto.) ¿Ambicionáis proclamar vuestra deshonra?

—¿Te incomodaste porque te hablé?...

—Sí, señora.

—¡Pero tú eres un loco!

—¡Lo que es locura es el nombre de Roberto lanzado ante todo el mundo!

—¡Bien! ¡Pero si yo quiero que todo el mundo sepa que eres mío! ¿No tengo derecho para hacerlo? ¿No me amas?

—¡René!

—¡Hubiera querido poder reunir allí al mundo entero, para decirle sin ambages ni rodeos que soy tu querida!

—¡Ah! (respondió Roberto.) ¡Temed, señora, que el mundo lo sepa demasiado pronto! ¡Esa sería la venganza de aquel á quien nosotros hemos engañado tan indignamente! ¿No os asusta el desprecio que inspira la deshonra?

—No, —dijo ella.

El desdeñoso movimiento de sus labios denunciaba esta verdad. Levantó la cabeza con aire de desafío.

—¡Tenéis mucho valor! (dijo Roberto con

frialidad.) Á mí la deshonra me espanta. Os ruego que otra vez guardéis vuestras confidencias. Y, en resumen, ¿creéis que vuestro último procedimiento ha sido digno?

Había tal severidad en aquellas palabras, que René no pudo reprimir un movimiento de cólera; se quitó uno de sus brazaletes, lo arrojó sobre la mesa, y se sentó.

Roberto, levantándose, la saludó, y se dirigió hacia la puerta.

—¡Roberto! (dijo René.) Tened cuidado! ¡Si llego á ser vuestra enemiga, os acordaréis!....

—¡Eso me llenaría de satisfacción! ¿Me amáis lo bastante para hacerlo?

Abrió la puerta, y se alejó. Ella le vió alejarse, y quedó mordiéndose los guantes, con los ojos preñados de lágrimas, y ardiendo en el fuego de la desesperación.

IX.

René se sentía herida en su vanidad de mujer, castigada en su coquetería y ulcerado su corazón. ¿Aquel nombre de enemigo no era ya un reto á muerte? Comprendía cada vez más la necesidad de hacer sufrir á Roberto Burat lo que ella venía sufriendo. Se irritaba al ver